



*El evangelio  
del Nuevo Mundo*



MARYSE CONDÉ

*Traducción del francés a cargo de  
Martha Asunción Alonso*



IMPEDIMENTA



*A Pascale: nunca una amiga  
se convirtió en tan perfecta secretaria.*

*A Serina, a Mahily, a Fadel y a Leina;  
y en homenaje a José Saramago.*

PRIMERA PARTE

## I

Es un pedazo de tierra rodeado de agua por todas partes: una isla, como suele decirse. No tan grande como Australia, pero tampoco pequeña. Es mayormente llana, pero com-bada por espesos bosques y dos volcanes. A uno de ellos se lo conoce como Pistón de la Gran Caldera y estuvo haciendo de las suyas hasta 1820, cuando destruyó la coqueta ciudad que se desplegaba en sus faldas para después sumirse en una inactividad absoluta. Como el lugar goza de un «verano eterno», los turistas acuden en manada y disparan sin cesar sus mortíferos aparatos intentando capturar hasta el último destello de her-mosura. Hay quienes llaman a esta tierra cariñosamente «Mi País», pero no es un país sino una «región ultramarina», un «departamento de ultramar», vaya.

La noche en que Él nació, Zabolón y Zapata luchaban en mitad del firmamento, arrojando haces de luz con cada gesto. Era un espectáculo fuera de lo común. Los aficionados a es-crutar la bóveda celeste están acostumbrados a divisar la Osa

Menor, la Osa Mayor, Casiopea, el lucero del alba u Orión. Pero avistar dos constelaciones como aquellas, surgidas de lo más profundo, es insólito. Significaba que a la criatura que venía al mundo le aguardaba un destino sin par. Aunque en principio nadie parecía sospecharlo.

El recién nacido se acercó los minúsculos puños a la boca y se ovilló entre los cascós de la mula que lo calentaba con su aliento. Tras dar a luz en la cabaña donde los Ballandra almacenaban sacos de estiércol, bidones de herbicida y demás aperos de labranza, Maya trataba de asearse con el agua de una calabaza que, por suerte, se le había ocurrido traer. Por sus mejillas regordetas resbalaban gruesos lagrimones.

No se imaginaba que sufriría de aquel modo al abandonar a su hijo. No sabía que el dolor le desgarraría las entrañas con sus colmillos afilados. Sin embargo, no veía otra solución. Había logrado ocultarles a sus padres que estaba embarazada, sobre todo a su madre, que no paraba de fantasear con el radiante porvenir que sin duda esperaba a su hija a la vuelta de la esquina. Maya no podía regresar a casa con un bastardo en brazos.

Se quedó atónita cuando tuvo la primera falta. ¡Un hijo! Un ser diminuto y viscoso que se orinaba y defecaba en su regazo: en eso habían quedado aquellas noches ardientes y poéticas.

Terminó escribiendo a su amante, Corazón, nombre poco adecuado para aquel gigante de rostro impertérrito. A la tercera carta sin respuesta, Maya acudió a la agencia que gestionaba el *Empress of the Sea*, el crucero donde se habían conocido. Cuando se presentó en la oficina en busca de información,

una *chabine*<sup>1</sup> encaramada sobre unos vertiginosos tacones de aguja la interrumpió sin piedad:

—No proporcionamos datos personales de nuestros pasajeros.

Maya escribió una última carta. En vano. Un sombrío presentimiento le atenazaba el corazón. ¿No iría ella a convertirse en una más de esa horda de mujeres abandonadas, mujeres sin marido ni amante que se dejaban la piel criando a sus hijos? Eso no era lo que Corazón le había prometido. En absoluto. Corazón le había prometido la luna. La cubría de besos, la llamaba «amor mío» y juraba que nunca antes había querido a ninguna otra mujer como a ella.

Corazón y Maya no pertenecían a la misma clase social: él era miembro del poderoso clan de los Tejara, cuyo linaje de negociantes, terratenientes, abogados, médicos y profesores se remontaba a los tiempos de la esclavitud. Enseñaba historia de las religiones en la universidad de Asunción, su ciudad natal. Poseía esa altivez tan característica de los niños de buena familia, aunque atenuada por una sonrisa dulce y encantadora. Como hablaba con fluidez cuatro idiomas (inglés, español, portugués y francés), la compañía marítima lo había contratado para impartir charlas a los pasajeros de primera y segunda clase.

Lo más molesto era aquel sueño que Maya tenía una noche tras otra. Se le aparecía un ángel ataviado con una túnica azul y una flor en la mano: un lirio de la especie conocida como

1. Los *chabins* tienen, por caprichos genéticos, la piel más clara que sus progenitores negros. El término se emplea en criollo de Guadalupe para diferenciarse de los mestizos o mulatos. (*A no ser que se indique lo contrario, todas las notas son de la traductora.*)

*Lis canna*. El ángel le anunciaba que daría a luz a un hijo cuya misión sería cambiar la faz del mundo. Bueno, un ángel por decir algo: se trataba de uno de los seres más raros que Maya había visto en su vida. Calzaba un par de botas de charol altas y relucientes. Sus cabellos canosos le caían en tirabuzones sobre los hombros. Aunque lo más extraño era la protuberancia que parecía esconder a su espalda. ¿Una joroba? Una noche ya no pudo más y lo espantó con una escoba, pero la noche siguiente él volvió a aparecérselo como si nada.

El bebé se había quedado dormido y gemía en sueños. La mula no cesaba de resoplar sobre su cabecita. Antaño los Ballandra guardaban en aquella misma choza a su vaca Plácida. Pero un buen día la pobre se desplomó, con un hilillo de baba espesa chorreándole por el hocico. El veterinario, que acudió a toda prisa, concluyó que tenía fiebre aftosa.

Sin volverse siquiera para mirar al bebé por última vez, Maya salió de la cabaña y ascendió por el sendero que conducía a la calle principal y serpenteaba por detrás de la casa de los Ballandra. Respiraba tranquila: aunque la luz inundaba los alrededores, ella sabía que a esas horas no corría el riesgo de que los dueños aparecieran de improviso y la sorprendieran. Como todos los habitantes de aquel país más bien aburrido, estaban embobados frente al televisor, una pantalla plana de cincuenta pulgadas que se acababan de comprar. El marido, Jean-Pierre, cabeceaba bajo los efectos del ron añejo, mientras que su mujer, Eulalie, andaba toda atareada tricotando un corpiño para alguna de sus innumerables obras benéficas.

Al empujar la valla de madera que daba acceso al jardín, Maya tuvo la sensación de estar adentrándose en un terreno de soledad y dolor; terreno en el que, sin duda, transcurriría su vida a partir de entonces.

Nada más poner un pie en el sendero de grava, se topó con Deméter, famoso en el barrio por sus borracheras y por meterse en trifulcas a menudo sangrientas. Lo acompañaban dos de sus acólitos, que andaban ya tan beodos como él y que, a grito pelado, juraban haber visto una estrella de cinco puntas surcar el cielo sobre la casa. En un enredo monumental de brazos y piernas, el trío de borrachines hipaba espatarrado en la acequia por donde corrían las aguas residuales de la ciudad. No parecía que estas les molestaran, y Deméter se puso a cantar a voz en cuello un viejo villancico: «¡Veo, veo el lucero del alba...!». Maya hizo como si no los viera y siguió su camino con los ojos anegados en lágrimas.

¿Qué habría ocurrido de no ser por Pompette, la mascota de madame Ballandra, una perrita arrogante y mimada que siempre andaba haciendo de las suyas? Aquella noche se superó a sí misma. En cuanto Maya desapareció en la oscuridad, Pompette agarró a su dueña por el dobladillo del vestido y la arrastró hasta la cabaña. La puerta se encontraba abierta de par en par, y madame Ballandra presenció un espectáculo inesperado, un espectáculo bíblico.

Un recién nacido yacía en el pesebre, entre los cascos de la mula que lo calentaba con su aliento. ¡Semejante escena tenía lugar nada menos que un Domingo de Pascua! Madame Ballandra juntó las manos y murmuró: «¡Milagro! Este es el regalo del cielo que ya no me atrevía a seguir esperando. Te llamaré Pascal».

El pequeño era guapo de veras: tez morena, pelo lacio y negro como el de los chinos, una boca de trazos delicados. Al estrecharlo contra su pecho, la criatura abrió los ojos, de un gris verdoso idéntico a la mar que bañaba las costas del país.



Madame Ballandra salió al jardín y empezó a subir la cuesta de vuelta hacia la casa. Jean-Pierre Ballandra no daba crédito cuando vio a su mujer regresar con un recién nacido en brazos y Pompette trotando pegada a sus talones.

—¿Pero qué ven mis ojos? ¡Un bebé! ¡Un bebé! Pero no acierto a distinguir si se trata de un niño o de una niña.

La frase puede sorprender a quien no sepa que Jean-Pierre Ballandra era corto de vista y que, a esas alturas de la noche, ya llevaba varios vasos de ron. Por añadidura, usaba gafas desde que, a los quince años, una rama de guayabo le perforó la córnea.

—Es un niño —anunció Eulalie, muy seria.

Acto seguido, tomó a su marido de la mano y lo obligó a arrodillarse a su lado. Se pusieron a rezar un *benedícite*, pues ambos eran muy religiosos.

Jean-Pierre y Eulalie Ballandra formaban una pareja poco convencional: él descendía de africanos y ella era blanca y rosácea, pues sus antepasados, oriundos de un islote pedregoso, decían tener sangre vikinga. Sus corazones, sin embargo, latían ajenos a todas estas trabas. Pese a los largos años de vida en común, seguían profesándose auténtica devoción. Jean-Pierre solo tenía ojos para Eulalie y jamás se había dedicado a picar de flor en flor, práctica muy extendida y apreciada entre los hombres del país. Llevaba años haciéndole el amor a la misma mujer, la única para él. Eulalie, por su parte, vivía por y para su esposo. El matrimonio no había logrado tener hijos a pesar de sus incesantes visitas al ginecólogo. La juventud de Eulalie había consistido en un calvario de abortos hasta que, por fin, la misericordiosa menopausia le concedió el don de la esterilidad.

Jean-Pierre y Eulalie no pasaban apuros económicos. Vivían con desahogo gracias a los beneficios que les procuraba

su vivero, bautizado sin demasiada originalidad como El Jardín del Edén. Jean-Pierre era un verdadero artista. Cultivaba, entre otras maravillas, una variedad especial de rosa de Cayena. La rosa de Cayena es, por lo general, una flor bastante corriente, pero las de Jean-Pierre llamaban la atención por lo aterciopelado de sus pétalos y, sobre todo, por su delicado y penetrante aroma. Todo tipo de instituciones se las quitaban de las manos: dependencias de la Seguridad Social, oficinas del paro, comedores sociales... Su rosa de Cayena era conocida como «rosa Elizabeth Taylor», pues Jean-Pierre, de joven, cuando estaba en paro y mataba el tiempo como podía, había sido un gran aficionado al cine, especialmente al cine americano. Tras quedar deslumbrado por la interpretación de su actriz preferida en *Cleopatra*, bautizó en su honor la rosa que acababa de crear.

La llegada de Pascal a la familia causó un revuelo considerable. A la mañana siguiente, Eulalie se recorrió todas las tiendas de la ciudad y compró un carricoche amplio como un Rolls Royce. Lo tapizó de cojines de terciopelo azul para acostar dentro al pequeño. Todos los días, a las cuatro y media, salía de casa y se dirigía a la Place des Martyrs. Situada a orillas de la mar, aquella plaza parecía un ventanal recortado en la arquitectura barroca de la ciudad.

Eulalie aspiraba la brisa marina a pleno pulmón y contemplaba extasiada cómo el agua, de un gris verdoso parecido al de los ojos de Pascal, espumeaba hasta donde alcanzaba la vista. Eulalie siempre le había tenido cierto respeto a la mar, espléndida perra guardiana que custodiaba cada extremo del país. Pero el hecho de que fuera del mismo color que los ojos de su niño, de pronto las reconciliaba y las convertía casi en

amigas. Ella permanecía un largo rato contemplándola, agradeciéndole la compañía, y luego se encaminaba hacia la Place des Martyrs.

La Place des Martyrs era el corazón de Fond-Zombi. Estaba rodeada de hermosas ceibas, plantadas por Victor Hugues cuando Napoleón Bonaparte lo envió para restablecer la esclavitud. Eulalie paseaba por las atestadas alamedas, daba la vuelta a la plaza varias veces y después tomaba asiento cerca del quiosco de música donde, tres días por semana, una orquesta municipal interpretaba los ritmos de moda. Quienes se sentaban cerca siempre quedaban fascinados por la belleza del pequeño, y el corazón de Eulalie se henchía de gozo y orgullo.

¡Menudo jaleo había en la Place des Martyrs! Adolescentes haciendo novillos, chicos y chicas apretujados todos juntos; asambleas de parados convencidos de que tenían la clave para arreglar el mundo; sirvientas uniformadas que vigilaban como podían al sinfín de criaturas a su cargo, desde bebés de teta a pequeños aventureros que correteaban por doquier.

Todos se levantaban para atisbar el interior del carricoche al paso de Eulalie. Tanta curiosidad se debía a varias razones. En primer lugar, Pascal era extraordinariamente guapo. Pero, además, resultaba imposible decir de qué raza era. Pero me doy cuenta de que la palabra «raza» está desfasada, así que sustituyámosla rápido por otra. «Orígenes», por ejemplo. Resultaba imposible determinar sus orígenes. ¿Era blanco? ¿Negro? ¿Asiático? ¿Habían construido sus ancestros las ciudades industriales de Europa? ¿Provenía de la sabana africana? ¿O quizá de algún país polar recubierto de nieve? Pascal era una mezcla de todo. En cualquier caso, no solo su belleza suscitaba curiosidad: un rumor tenaz iba ganando cada vez más terreno. Había algo antinatural en todo aquello. Precisamente

un Domingo de Pascua, el Señor le había enviado un niño a Eulalie, que llevaba años dejándose las rodillas en múltiples peregrinajes a Lourdes y a Lisieux. El Todopoderoso, sin duda, debía de tener dos hijos y le había mandado a ella el benjamín. Un hijo mestizo, ¡qué idea tan hermosa!

El rumor fue corriendo de boca en boca hasta extenderse por todo Fond-Zombi y sobrepasar incluso las fronteras del país. Se comentaba tanto en las chozas como en las casas elegantes y adineradas. Cuando llegó a sus oídos, Eulalie lo aceptó de buen grado. Solo Jean-Pierre se negó a comulgar con una historia que, a su entender, constituía una auténtica blasfemia.

Cuando Pascal cumplió cuatro semanas, su madre decidió bautizarlo. Un domingo soleado, el arzobispo Altmayer salió de su residencia de Saint-Jean-Bosco y dejó solos a los huérfanos a su cargo mientras las campanas de la iglesia repicaban alegremente. Eulalie le había puesto al bebé una delicada casaca de lino blanco con una pechera de punto. Él agitaba sin cesar los piecitos envueltos en un par de patucos tejidos con hilo DMC entreverado de oro y plata. Llevaba además una cofia que le iba de perlas a su rostro de querubín. El bautizo se celebró con los fastos propios de una boda o un banquete: trescientos invitados, monaguillos vestidos de blanco agitando estandartes con los colores de la Virgen María. Hombres y mujeres con sus mejores galas.

Justo después del postre (un surtido de helados exóticos), hizo su aparición un visitante desconocido. Su apariencia dejó pasmados a todos los presentes. Lucía un traje de paño

a rayas, de corte bastante anticuado, y una especie de gola a modo de corbata. Calzaba un par de botas de charol de caña alta, similares a las de los tres mosqueteros de Alexandre Dumas. Pero lo más extraño era que parecía esconder a la espalda una curiosa carga: ¿una joroba? Además, una barba canosa le recubría el mentón.

Fue derecho hacia Eulalie, que revoloteaba de un lado a otro con una copa de champán en la mano.

—Dios te salve, Eulalie, llena eres de gracia —sentenció—. Traigo un presente para el niño Pascal.

Acto seguido, le tendió el paquete que sostenía con sumo cuidado. Contenía un jarrón de arcilla donde crecía una flor que no se parecía a ninguna otra que Eulalie, pese a tener un marido florista, hubiese visto antes. El color era lo más sorprendente: tostado como la piel de una *câpresse*.<sup>2</sup> Los pétalos caían formando bucles que parecían tallados en terciopelo y rodeaban un delicado pistilo amarillo azufre.

—¡Qué flor más bonita! —exclamó Eulalie—. ¡Y qué extraño color!

—Se llama Teta de Negra —explicó el forastero—. Su destino es conseguir que el mundo olvide el Cantar de los Cantares. ¿Te acuerdas de aquel extraño versículo que rezaba «negra soy, pero hermosa»? Semejantes palabras no deben volver a pronunciarse.

Eulalie no entendía absolutamente nada:

—¿A qué viene todo esto? —preguntó extrañada.

Solo obtuvo silencio por respuesta, pues su interlocutor se había esfumado. De repente, volvía a estar sola con su copa en la mano. ¿Habría sido un sueño?

2. Sinónimo en desuso de *mulâtresse* («mulata»). Evoca la tonalidad de las «alcaparras» (*câpres*).

Angustiada, corrió en busca de Jean-Pierre, que andaba por allí cerca, riendo y bebiendo champán con un grupo de invitados. Cuando le contó el extraño episodio que acababa de vivir, su marido se encogió de hombros.

—No te preocupes —dijo—. Será, sin duda, algún admirador que no se ha atrevido a ir más allá de los piropos. Ya le sacaré yo partido a esa flor.

Cumpliría su palabra. Muy pronto El Jardín del Edén albergaría dos maravillas: la rosa de Cayena y la rosa Teta de Negra.

Cuando Pascal cumplió cuatro años, su madre decidió mandarlo a la escuela. No es que estuviera harta de comérselo a besos cada vez que pasaba junto a ella ni de verlo correr, jugar con la perra Pompette o poner el vivero patas arriba. Pero la educación es un bien preciado. Quien se proponga llegar a algo en la vida debe formarse todo lo que pueda. Jean-Pierre y Eulalie habían sufrido mucho por no haber tenido la oportunidad de estudiar.

Con doce años Jean-Pierre ya sulfataba las plantaciones de bananos de un gran terrateniente y, a una edad más temprana si cabe, Eulalie empezó a acompañar a su madre al mercado para vender lo que su padre pescaba: bagres azules, bagres rosas, pargos, tencas, dracos, merluzas, doradas...

De modo que matricularon a Pascal en la escuela de las hermanas Mara. Las hermanas Mara eran gemelas y todo el mundo conocía a su madre, que trabajaba en el presbiterio y no pasaba un Viernes Santo sin verse obligada a guardar cama, con los estigmas de la pasión de Cristo en pies y manos. Todo el mundo sabía que el padre de sus hijas era en realidad el padre Robin. Había sido reverendo de la parroquia durante



muchos años, antes de retirarse en su vejez a un geriátrico para el clero cerca de Saint-Malo. Por entonces la gente hacía la vista gorda con los excesos de los curas. Aún no existían películas americanas como *Spotlight* o *Por la gracia de Dios*, y nadie decía nada cuando se quebrantaban los mandamientos del Señor.

La escuela de las hermanas Mara era una elegante construcción con un vasto arenero donde los alumnos forcejeaban como auténticos diablos durante los recreos. Su primer día, Pascal lució un conjunto azul y blanco con calcetines a juego. Las hermanas lo recibieron con efusividad, convencidas de que el muchacho sería una gran adquisición. Sin embargo, tardaron bien poco en desengañarse.

Pascal resultó no ser el tipo de alumno que esperaban. Se pasaba las clases soñando despierto, solo se juntaba con los niños más pobres y, a la menor oportunidad, corría a la cocina, donde dos sirvientas mal pagadas preparaban los menús del comedor escolar. Les prodigaba caricias y palabras cariñosas. Las mujeres, a cambio, lo colmaban de dulces. De no ser por el respeto que le tenían a Eulalie, las hermanas Mara habrían expulsado a Pascal sin pensárselo dos veces.

Un día después de su quinto cumpleaños, Eulalie condujo a Pascal hasta la cabaña que se alzaba al fondo del jardín. Jean-Pierre, frío como de costumbre, los siguió arrastrando los pies. La cabaña estaba impecablemente limpia y ordenada. Los sacos de estiércol y de herbicida yacían amontonados en un rincón, y el suelo estaba recubierto de gravilla blanca. Eulalie se giró hacia Pascal:

—Tengo que confesarte algo importante: te quiero mucho, ya lo sabes, pero no te llevé en mi vientre. Tampoco eres fruto de su esperma —añadió, señalando a Jean-Pierre.

—¿Eso qué quiere decir? —exclamó Pascal, atónito.

La historia le parecía de lo más extraña. Aunque la mayoría de los niños del país no conocían a sus padres, sí tenían claro quiénes eran sus madres: las mujeres que vivían esclavizadas, deslomándose y sudando la gota gorda para poder vestirlos y mandarlos a la escuela.

—Lo que quiero decir —prosiguió Eulalie— es que un Domingo de Pascua te encontramos en esta cabaña y te adoptamos.

—¿Y quiénes son mis verdaderos padres? —quiso saber Pascal, con la voz ya entrecortada por el llanto.

Fue entonces cuando Eulalie le desveló sus supuestos orígenes.

Por extraño que pueda parecer, durante algunos años Pascal no le dio importancia a aquella confesión e ignoró también las constantes habladurías sobre sus orígenes. Sabía que había nacido en una tierra de tradición oral donde las mentiras suelen cobrar más fuerza que la verdad. Pero un buen día, sin saber por qué, empezó a prestar atención a los rumores. Al fin y al cabo, resulta bastante más agradable ser hijo de Dios que de un mendigo. Aquello se convirtió en una auténtica obsesión para él.

A veces se quedaba inmóvil, escrutando el cielo. Este se había entreabierto una segunda vez y el misterio de la encarnación había vuelto a producirse. Pero esta vez el Creador había obrado con prudencia. Había elegido como hijo a un mestizo, un hombre de sangre mezclada, para que así ninguna

raza pudiera oprimir a las demás como había sucedido en el pasado. El problema residía en que no le había explicado a su vástago qué esperaba de él exactamente. ¿Qué se podía hacer con este mundo, sacudido por atentados y enfermo de violencia?

De tanto darle vueltas al enigma, el carácter de Pascal terminó cambiando por completo. Alternaba periodos de gran excitación con etapas de mutismo profundo. Se preguntaba constantemente por sus orígenes y no soportaba el silencio en el que habían vuelto a sumirse Eulalie y Jean-Pierre, como si ya estuviera todo dicho.

Se llevaba mejor con su padre que con su madre, porque no valoraba la educación que esta se empeñaba en darle. Aborreía sobre todo las lecciones de piano con monsieur Démon, que había sido excluido de su propia familia por haberse casado con una mulata. Además, Eulalie le reprochaba sin parar que no leía lo suficiente y la encolerizaban sus malas compañías: Pascal siempre buscaba rodearse de muchachos sin linaje, como él.